

# EL RADICAL

## SEMANARIO POPULAR

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Trimestre... 0'75 pesetas

Pago anticipado

TORTOSA

Sábado 27 de Julio de 1912

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza O'Callaghan, núm. 5

### La gran Revolución

El domingo estuvimos un rato sobre un volcán.

Los jóvenes bárbaros de Barcelona se echaron á la calle y poco faltó para que quedara implantada la República á cosa de las seis menos cuarto de la tarde.

Suerte nuestra fué que algunos polizontes la emprendieron contra los jóvenes bárbaros y los vencieron en buena lid, por lo cual el triunfo de la República ha quedado aplazado, y no se sabe si será por la Pascua ó por la Trinidad.

El origen de la gran Revolución fué como sigue:

Se reunieron el domingo en un trinquete del Paralelo cuatrocientos bárbaros, completamente bárbaros, y acordaron:

1.º No comer pan en manteles, ni dormir en cama blanda, ni andar con las damas rojas, ni emborracharse de aguardiente hasta que esté instaurada la República en España. Quien falte á la palabra y coma y duerma y ande y beba, no tendrá dignidad ni vergüenza.

Muy bien, jóvenes bárbaros, muy bien! Aunque los taberneros encontrarán muy mal el acuerdo, porque disminuirá el consumo de los espíritus de una manera alarmante.

2.º acuerdo.—Participar á Lerroux y Compañía que si el 1.º de Enero de 1913 no ha triunfado la Niña, les arrastrarán por las calles sin ninguna clase de miramientos.

(Ya podeu amani la corda, mannos!)

3.º No admitir de la monarquía ni pan ni vino ni libertad ni nada; según dijo Costa. (Quien, efectivamente... no lo dijo.)

(Voleu di, bárbaros, que si la monarquía vos donava un emplet, no l'admetrieu? ¿Algún quartillet de vi monárquich, no vol beuriu?)

4.º Levantar la República sobre las ruínas humeantes de palacios y de iglesias.

(¿Los palacets de Lerroux també entraran á la crema?)

Jóvenes bárbaros, no toméis las cosas tan á pechos.

Comed, bebed, dormid y esperad tranquilamente la República.

A pesar de vuestras desconfianzas... y de las mías, Lerroux se ha comprometido á hacerla venir, y es hombre de palabra.

Ahora ha comprado otro automóvil de cuarenta... borricos para traerla más aprisa.

Ya se li veu la punta del primer mentó.

VERO.

### RÁPIDA

### Examinémosnos

Me piden que escriba algo práctico en EL RADICAL; pues bien, quiere comenzar con esta palabra: *Examinémosnos...* ¡Nada más práctico!

Cualquiera que sea nuestro estado y posición, tenemos deberes sociales tan graves como inexcusables; veamos como los cumplimos.

He leído repetidas veces esta cuádruple clasificación:

Hay hombres, que hacen.

Hay hombres, que parece que hacen.

Hay hombres, que no hacen.

Hay hombres, que no dejan hacer.

Hay hombres que hacen, si los hay, yo los he visto. Sacerdotes, que organizan asociaciones y sindicatos obreros... Patronos que se preocupan de mejorar la condición de sus operarios... Obreros, que saben unirse para defender sus justos derechos y procurar su bienestar con la mutua ayuda.

Hombres que parece que hacen, también los he visto por desgracia figurando en primera línea en todas las listas de protectores, y que toda su protección se reduce á contribuir con un óbolo insignificante, y á venir en las grandes solemnidades á ocupar un cómodo asiento en la plataforma presidencial.

Hombres que no hacen los hay por desgracia en abundancia y de todas clases y condiciones; desde los que por el puesto que ocupan ó por sus aptitudes naturales debieran ponerse al frente de las obras de regeneración social y se limitan á cruzarse de brazos, hasta los cándidos obreros que no se dignan alistarse en sus obras que les habían de reportar tantos beneficios, soñando con lograrles sin unirse, *por su cara bonita*.

Hay hombres que no dejan hacer; diganlo tantos y tantos reglamentos de sindicatos católicos que se apollillan esperando su aprobación oficial en las secretarías de esos Go-

biernos civiles y ministerios...; diganlo también las obras sociales que no nacen á veces, por negárseles el ambiente necesario para la vida...

Pero á esas cuatro clases añadiría yo otra diciendo:

Hay hombres que deshacen.

Que deshacen, sí, y tales son los corazones ruines, que, por fútiles pretextos, y á veces por venganzas personales, procuran desmoronar el edificio social por otros levantado para bien del pueblo.

En la acción social hay hombres, que hacen, que parece que hacen, que no hacen, que no dejan hacer, y también hombres que deshacen; pues bien, con la mano sobre el corazón veamos á cuál de esas clases pertenecemos y á cuál debiéramos pertenecer.

Examinémosnos.

A. PRENDIZ.

### Las dos aprendizas

JUANA, APRENDIZA DE MODISTA, 14 AÑOS.—ANDREA, APRENDIZA DE SOMBREROS, 13 AÑOS.—(La escena en la calle).

Juana.—¡Hola, Andrea! Tenía ya gana de verte; pero, chica, con este oficio maldito, que anda una como un azacán, te aseguro que no me queda tiempo ni de respirar.

Andrea.—Fui á tu casa el domingo; iba con intención de pasar un rato contigo, pero me dijo tu tía que estabas trabajando.

Juana (con rabia).—Todo el día me le pasé en el taller... ¡Y luego dicen que existe el descanso dominical!... Para otras, tal vez; para mí... ¡Y que me dió un coraje!... Teníamos pensado ir varias compañeras y yo á paseo.

En lugar de eso, toda la tarde allí: que me traigas esto, que me lles lo otro... Mas maldiciones debió de oír la maestra.

Andrea (con dulzura).—Si que fué mal domingo para tí. No comprendo como os hacen trabajar en día de fiesta. Hay una ley que lo prohíbe.

Juana (encogiéndose los hombros).—¡Una ley! Eso aseguran... pero, ¡bah! yo no lo creo... Además, ¿de qué sirve?... En mi taller vino una tarde un inspector, y la maestra nos hizo coger unas guitarras y ponernos á cantar... Así le engañó, y se creyó que estábamos de fiesta.

Andrea (indignada).—¿Por qué no te sales de ese taller? La maestra se burla de vosotras por lo visto.

Juana.—Porque todos son igual.

Andrea.—No. Mira; el mio es muy distinto. No trabajamos nunca los domingos, no velamos; y si hay algún apuro y hay que velar un poco, nos pagan bien y nos dan buena cena, una sopa caliente y un trozo de carne. Así podemos muy bien trabajar.

Juana (con admiración).—¿Dónde has encontrado esa ganga, amiga? Dímelo, que me voy de prisa á tu taller.

Andrea.—Es taller de sombreros. Tú eres aprendiz de modista.

Juana.—No importa; chica, las ventajas son muy grandes... En el mio, cree, voy á enfermar... es un trabajo que mata... ¿No ves que pálida estoy?

Andrea.—Si... tanto, que te querria preguntar si habias estado mala.

Juana.—No... pero acabare por estarlo... todo el día sin parar, y ni siquiera los domingos para descansar... y luego las noches en vela, á cada momento... No hay paciencia que resista, ni salud que aguante... Además, en nuestro taller siempre está la maestra de mal humor... las oficialas se burlan... y la que paga los vidrios rotos, tu humilde servidora.

Andrea.—Pues, mira: nuestra maestra nos trata con cariño, no nos atosiga nunca, nos reprende con dulzura; las oficialas son buenas como ella, están alegres, me consideran bastante, y hace poco, por mi cumpleaños, me regalaron entre todas y la maestra este mantón... Aprendo mucho y ya pronto me podré sentar. (1) ¿Quieres venir conmigo y te presento?... No te exigirá más que una cosa: que cumplas con Dios.

Juana (sonriéndose).—¡Ah!... vamos... es una beata.

Andrea.—No, es una católica, que al mismo tiempo y precisamente por esto es tan buena maestra de taller... ¿A que la tuya no va á Misa?

Juana.—¿La mia? Si... buena Misa... Se burla de ésta y dice que ella no tiene más Dios que el dinero, ni más iglesia que la casa del pueblo, á la que está afiliada.

Andrea.—¿Lo ves? Por eso es mala. Anda, déjala y vente conmigo.

(1) Término que usan las aprendizas cuando ya no tienen que salir á la calle, sino trabajar en el taller.



go... Te llevo ahora... te admite, tengo seguridad de ello.  
 Juana (con decisión).—Vamos... Con ésta voy á concluir por ser una mala cristiana.  
 Andrea.—Y para trabajar á gusto y tener paciencia en la vida necesitamos levantar los ojos al cielo.  
 Juana (abrazándole).—¡Qué feliz casualidad el haberte encontrado!  
 Andrea (con cariñosa reconvencción).—No, no la llames casualidad...  
 Juana.—¿Cómo?  
 Andrea.—Providencia.

MARIA.

CONVERSESES

—¿Que tal, sinyó Quico?  
 —Ya hu pot veure, a ferlos una visiteta.  
 —Aséntat. Cántam: ¿com estém d' oli?  
 —Malament, sinyó Pere.  
 —¿Que vol dí malament? Pos yo hay sentit dí que va pujant de bó de bó.  
 —Que munta, si, sinyó, pero no munta lo que volém.  
 —A qui vulga acontentá als pagesos li dono faena.  
 —No se per qué hu diu; no hi ha dingú mes bó de contentá que natos.  
 —Sí, dixantvos fé lo que vulgueseu y pagantvos los fruits a pes de plata.  
 —Qu' es lo que convé a vostés, sinyó Pere; cuando hay por los campos hay para los santos; aixó es més veritat que vosté y yo estém aquí.  
 —La mania vostra, que tot surt de la terra y tots minjém de la vostra suó.  
 —Una mania com consevol atra y una veritat com un temple.  
 —Una mania que n' abusen, y una veritat a mijes; ya podies fe oli, si no tenies qui te 'l compressa pera minjá.  
 —En aixó te raó.  
 —Com en lo demés, Quico. Aném a vore: ¿quines noticies tens del oli?  
 —No son dolentes; pero no son lo bones que busquem.  
 —¿Com se paga?  
 —No val la pena. Se n' ha pagat un poch estos dies á vintitres menos ral. Desposhai se 'n va prometre hasta vinticuatre.  
 —Xeich, a vinticuatre dius que no val la pena?  
 —No, sinyó, dich malament; ya coménsen a posarse de rahó; pero que no arrije a billetet per cante no anirá be.  
 —La mar com mes tí mes brama.  
 —Tot se necessita, sinyó Pere; mire, per no malvendre, ya m' hay ampenyat en dos onsets.  
 —De vint pessetes per amunt es malvendre?  
 —Sí, sinyó; ha d' arribá a billetet. Los comerciants beuen lo vent, buscant y rebuscant més qu' una fura, pero fan morro aixut. La gent s' aguanta més fort qu' una roca. Qui mes, qui menos, hu fan com yo:

ampren los dinerets que necessiten pels apuros de moment, y a esperá s' ha dit.  
 —Lo cas es que 'm crech que 'n surtiren en la vostra.  
 —Es lo que mós convé.  
 —Si l' haguesses de comprá, no parlaries aixintes.  
 —Apretaría 'l cul a la cadira.  
 —¿Ne deu habé bastant d' oli?  
 —Mes de lo que vosté 's pensa.  
 Si 'm fan dí que farien corre 'l riu, ya hu pot creure. N' hi ha molt d' amagat.  
 —Los pagesos vos fareu amos dels cuartos. A n' este pas, vos haurém de fe la barretada.  
 —Prou la fem natros, sinyó Pere.

Per la copia,  
 CISQUET DE QUADERNA.

Sobre lo mismo

Duele en el alma que la gran hazaña llevada á cabo el domingo último por los jóvenes bárbaros de Barcelona no haya sido bien comprendida por el mundo.  
 Hasta hay periódicos que se burlan una miajita, como puede verse en lo que copiamos á continuación, publicado por un diario de Barcelona que no es de los *beatos*:  
 «¡Oh jóvenes radicales!—Quién lea, fuera de Barcelona, las cuatro ó cinco columnas de información que publica *El Progreso*, con el despampanante título «Por la Revolución y por la República», creará que ayer se libró una verdadera batalla por las calles, cuando los jóvenes radicales terminaron «el último mitin» y fijaron plazo fijo, preciso, improporrible, para la instauración de la República en España. Los informadores del periódico radical han echado toda el agua en su molino y es de ver la gracia que tienen los subtítulos con que encabezan el relato de los episodios de la *jornada* de ayer. Dicen los subtítulos: «A la salida del mitin.—Se forma una manifestación.—¡Hacia las Ramblas!—Entusiasmo indescriptible.—El primer choque.—Una carga.—Siempre adelante.—En las Ramblas.—Nuevas cargas.—Un disparo.—Varias detenciones.—Se intenta libertar á los detenidos.—Más cargas.—Cinco libertados.—La policía retrocede.—Cargas y tiros.—El pueblo se bate.»  
 Y no solamente en los titulillos, sino en la *explicación*, se leen párrafos tan pintorescos como el que se copia, que dice al pie de la letra:  
 «Sonaron varios disparos.  
 Dos guardias cayeron de sus cabalgaduras.  
 Los caballos salieron corriendo, en carrera loca y desenfrenada.  
 Aquellos instantes fueron indescriptibles.  
 Oíase el silbar de las balas, el galopar de los caballos sobre el adoquinado, y á esto mezclábanse gritos, voces é imprecaciones.  
 ¡El pueblo se batía!»  
 Es verdaderamente lamentable

que los jóvenes radicales que, según todos los periódicos, exceptuando *El Progreso*, no eran más de 400, se atribuyan la representación del pueblo. De modo que conviene poner los puntos sobre las *ies*. El pueblo no se batió; se batieron los 400 jóvenes radicales que «no quieren de la monarquía ni pan, ni cultura, ni libertad, ni nada», y se batieron ¡poca duda tiene! en retirada, arrojando temblorosos *browings*, revólveres, cachorrillos y cortaplumas ante el miedo de caer en manos de la policía, como muchos de ellos cayeron.  
 Se batieron y los batieron.  
 Este ha sido el primer acto revolucionario de los jóvenes radicales sindicados, acto del que, según *El Poble Catalá*, periódico republicano, sólo resultó un cristal roto.  
 El segundo *acto* es derivación de la *intentiona* y no puede estar más en contraposición con los acuerdos que se aprobaron en el mitin. Los detenidos, que juraron «no comer pan de la monarquía», habrán tenido que comer rancho.  
 Y no quiero terminar sin exponer mis sospechas de que la frase de Joaquín Costa que hacen suya los jóvenes radicales, muy bien pudiera no ser de Costa. Costa fué serio y respetado por amigos y enemigos y la frase en cuestión es una gran tontería.  
 Adecuada para quienes se la han apropiado.»  
**Una señorita muerta de un tiro**  
 Muchos periódicos han publicado estos días el siguiente suceso, tomándolo de un diario de Madrid, y no de los más *clericales*:  
**«Los protagonistas**  
 «En el piso bajo, núm. 2 interior, de la casa núm. 127 de la calle de Toledo, ocurrió anoche, á las once y media, una desgracia, al parecer solamente imputable á imprudencia temeraria.  
 Vive en dicha casa D.<sup>a</sup> María Rodríguez, González, de cuarenta y cinco años, viuda de D. Pedro Heras Otaño, coronel subinspector de Sanidad Militar, fallecido en Salamanca en 1907, á su regreso de Canarias, donde había prestado el servicio propio de su empleo; su hija, Petra Heras Rodríguez, lindísima joven de diez y nueve años, y un primo carnal de D.<sup>a</sup> María, llamado D. Manuel González Goy, de treinta y dos años, que desempeña el cargo de *contable* en el almacén de los señores Martínez y Pastor, establecido en la calle de Tetuán.  
**El suceso**  
 Anoche, á la hora dicha, y una vez terminados sus trabajos del día, regresó D. Manuel á su casa.  
 Cenó en compañía de D.<sup>a</sup> María y de Petra, y terminada la cena, D.<sup>a</sup> María recordó á D. Manuel que tenían que colgar en lugar preferente del gabinete un cuadro que encierra el título de perito mercantil de D. Manuel.

El gabinete es una habitación de reducidas dimensiones: al fondo hay un armario de luna; á la izquierda una cómoda, y á la derecha una butaca y algunas sillas.  
 En la pared, sobre la cómoda, había un cromó que representaba la imagen de San José.  
 Petra, subida en una silla, descolgó el cromó, colocando en su lugar el cuadro que contenía el título de que hemos hecho mención.  
 Terminada esta operación, Petra preguntó á su madre, que estaba en la habitación inmediata al comedor, retirando el servicio de la cena.  
 —Mamá, ¿dónde coloco este San José?  
 —Cuélgalo ahí, en ese rincón—dijo doña María, indicándole el sitio que había de ocupar el cromó.  
 Petra, subida en una silla, colgó el cuadro, y después de examinarlo detenidamente, exclamó riéndose en tono de chanza:  
 —¡La verdad es que este San José es muy feo!  
 —Fues, por feo, la voy á fusilar yo—añadió seguidamente D. Manuel, y dirigiéndose á su dormitorio sacó del cajón de su mesa de noche un pequeño revólver.—Ahora verás—añadió—como yo lo pongo guapo.  
 Disparó tres veces; pero las dos primeras sólo produjeron el ruido metálico del percutor al chocar en el lugar donde se colocaba la cápsula.  
 A la tercera vez sonó una detonación, salió el tiro y Petra cayó pesadamente en tierra.  
 Doña María, al oír el tiro, acudió atropelladamente á la habitación donde se hallaban su hija y su primo, y comenzó á gritar al mismo tiempo que abrazaba y besaba el cuerpo inanimado de su hija.  
 —¡Petra! ¡Petra!  
 D. Manuel, presá de una exaltación rayana en la locura, exhalaba gritos de angustia y profería palabras que acusaban la mayor incoherencia.  
**En la casa de socorro**  
 Al enterarse de lo ocurrido, acudieron varios vecinos de la casa, y en una silla trasladaron á Petra á la casa de socorro de la Latina.  
 Los médicos de guardia señores Carazo y Seoane y el ayudante señor Gallego tendieron á Petra sobre la cama de operaciones y, apenas la examinaron, comprendieron que los auxilios de la ciencia eran totalmente inútiles, pues la desgraciada joven había entrado en el período agónico.»

HABLANDO EN RAZON

Algunos anticlericales franceses demuestran tener en algunas ocasiones ciertos chispazos de sentido común.  
 Ahora abogan para que se devuelva á los frailes la Gran Cartuja.  
 Barthe, diputado socialista del Hérault, la ha visitado, y el abandono inconcebible en que se deja aquella maravilla artística le ha



llenado de indignación. «Aquello, dice, es un crimen de lesa nación, que basta para deshonorar á nuestra tercera República, y contra la cual deben alzarse en masa todas las poblaciones de aquella región, que debió su prosperidad á los frailes y que hoy se ve arruinada por su expulsión.»

«La République de l' Isère», diario anticlerical, se expresa en idénticos términos:

«La medida radical salvadora, dice, sería devolver el santuario á sus legítimos dueños, los Cartujos; pero como todavía no es lícito esperar ese acto de justicia, interin llega, organicémosnos todos los hijos del Delfinado para salvar ese portentoso monumento histórico, y conservarle intacto para cuando suene la hora de la reparación definitiva.»

La agitación promovida por los Sres. Barthe y Poncet ha adquirido tales proporciones, que el Gobierno parece dispuesto á capitular y á ordenar la clasificación de la Cartuja como «monumento histórico de interés público». Lo cual basta para preservarle de la destrucción y de la venta, y para conservarle intacto á sus legítimos dueños cuando suene la hora de la justicia», como dice el órgano republicano de Grenoble.

«El Pueblo» que padecemos por acá no sería nunca capaz de expresarse en términos semejantes.

Ni las ruinas materiales ni las morales le harían cesar en sus majaderías y en sus blasfemias.

Es porque «El Pueblo», además de sectario, es tonto.

## BOCADILLOS

En el Perú hay república.

Y, naturalmente, aquéllo anda de la manera como dice el siguiente informe oficial:

«En doce años más de 30.000 personas han sido asesinadas ó han muerto de hambre.

Un boliviano, Armando Normand, que ha huido al Brasil ó Argentina, está acusado de haber hecho morir, entre horribles torturas, á muchos indios sin defensa. Hacía rociar á hombres y mujeres con petróleo, incendiándolos después. Muchos morían quemados vivos, atados á postes. Hacía cortar brazos y piernas á desgraciados, que entregaba luego á una muerte lenta.

Un testigo afirma que vió hacer alinear por Normand á tres indios, atarlos fuertemente, y después, cogiendo un mauser, atravesarlos de un balazo».

Este angelical Normand puede venirse por acá.

Los héroes de la semana trágica, los que cazaban curas y frailes á tiros, no dejarán de tributarle un homenaje considerándole como uno de los suyos.

Por algo la gente avanzada odia á San Vicente de Paúl y á San Juan de Dios y adora la guillotina y el petróleo.

En una refriega que hubo hace algunos días en Portugal se tirotearon dos grupos republicanos, creyendo mutuamente que eran enemigos.

De la refriega, según cuentan los periódicos, resultaron muertos un pollino, dos vacas y tres cerdos.

Total, *sís baixes republicanas.*

Los representantes de varias sociedades republicanas de Barcelona se reunieron el otro día en un café de la calle de Poniente y acordaron pedir al Ayuntamiento de aquella ciudad que les conceda una porción de terreno público para levantar un monumento á los mártires de la semana trágica.

Durante la revolución de Septiembre, los republicanos salían á la calle con pendones en los que se leía: «Pena de muerte al ladrón».

Ahora quieren levantar monumentos á los ladrones, á los incendiarios y á los asesinos.

Se va luciendo el partido republicano.

Porque es de advertir que dentro del partido nadie ha protestado contra esa desvergüenza.

Ya habrán supuesto ustedes que, en concepto de los republicanos, los mártires de la semana trágica no son los sacerdotes asesinados ni las religiosas que eran llevadas á las casas de prostitución, en donde se las obligaba á sentarse sobre parrillas ardientes y en hornillos y braseros encendidos.

Los mártires á cuya memoria tratan de levantar un monumento los republicanos son aquellos bandidos que asaltaban los conventos y saqueaban los colegios é incendiaban bibliotecas y profanaban sepulturas y sacaban de las tumbas los cadáveres de las monjas, bailando con ellos por las calles de Barcelona.

¡Infames!

El mejor día van á pedir un monumento á la memoria *dels Glesbes* ó de los bandidos de Ginestar.

Que no fueron tan criminales.

Los periódicos republicanos repiten cada día que la revolución de Portugal suprimió la pena de muerte. La suprimiría de su Código penal; pero en las cárceles se asesina á los presos políticos por medio del hambre y del veneno.

Aquellos republicanos no quieren que la justicia mate á los criminales, y prefieren acabar con las personas honradas.

Comprenden que en Portugal no pueden vivir los hombres de bien con los revolucionarios, y por esto van acabando con los ciudadanos de orden.

Quedando únicamente los granujas, no tendrán de qué avergonzarse.

El miércoles, fiesta de San Ignacio, celebrarán su primera Misa en la iglesia de Jesús nueve padres Jesuitas.

Nueve holgazanes, que dijo «El Pueblo», ¿no es verdad?

Claro está: esos Padres Jesuitas sólo han estudiado por espacio de quince años, mientras Marcelino se ha quemado las cejas siguiendo una carrera que dura solo dos años.

Se comprende que los jesuitas sean unos ignorantes, comparados con ese hombre, que será muy sabio entre los suyos, pero que no se atreve á discutir con nosotros, que ni siquiera somos republicanos.

El semanario carlista «La Trinchera» regala pistolas Browning á sus lectores; y comentando esta noticia «El Pueblo», dice muy escandalizado:

«Delante de tal proceder, la indignación que causa, por grande que sea, se ve aumentada por el asco.»

Es que ante una pistola Browning, el garrote republicano ya no sirve.

Y de eso se lamenta el muy perillán.

Vengan pistolas, hombre; y más si, como ocurre en el presente caso, además de la pistola se regala la licencia de uso de arma.

Felicitemos á «La Trinchera» por su hermosa iniciativa.

Pero dice más «El Pueblo» á propósito del suelto en que se anuncia el regalo del semanario carlista:

«Aquí hay una gente de Iglesia que obra y escribe como los matones de burdel.»

(Burdel es una casa de prostitución.)

Perdone «El Pueblo»: Nosotros creíamos que los matones de burdel no hacían más que gritar «¡Viva la república!» y buscar votos para los candidatos republicanos. Ignorábamos que escribiesen en los periódicos.

Pero ya que «El Pueblo» lo asegura, nos damos por enterados.

Cuando él lo dice, bien sabido lo tendrá.

«El Pueblo» ha llegado ya al fondo de la cloaca, y allí se abreva chapoteando entre suciedades y revolcándose como cerdo cubierto de inmundicias.

En su último número canta un himno á la blasfemia, y empuerca el papel con esta salpicadura de letrina:

«Lanzando blasfemias se realiza todo lo grande, todo lo sobrenatural.»

¿Así se hace cultura, Sr. Marcelino? ¿V. permite que se publique en «El Pueblo» esta monstruosidad?

Pero ¿qué va á decir Marcelino, si nosotros oímos blasfemias más repugnantes todavía en un mitin dado por Marcelino?

Quien ha escrito eso mancharía la saliva que se le arrojara en medio de la frente.

«El Pueblo» anuncia que en el Centro de Unión republicana va á empezar una serie de conferencias, y que la primera la dará (debió darla) Marcelino Domingo sobre «Las

elecciones de Presidente en los Estados Unidos.»

¡Vaya un tema interesante para el público!

¿No sería más interesante y más útil hablar de la supresión de los consumos y de las casillas?

Sí, pero... *hi han bruixes.*

Un tal *A Tufe* escribe en «El Pueblo»:

«Seamos tolerantes, respetando ideas ajenas, á condición de que sean respetadas las nuestras.»

*¡A bon' hora surt lo soll!*

Si los de «El Pueblo», si Marcelino hubiese respetado á los católicos y se hubiese limitado á hacer propaganda política del partido republicano, ni nos habríamos fijado en él ni en «El Pueblo»; pero recuérdese que Marcelino y «El Pueblo» empezó una campaña de odios, de insultos, de atropellos, y tuvimos que fundar EL RADICAL.

¿Temerán ahora que las pistolas Browning se pongan frente á los garrotes republicanos?

«Seamos tolerantes», dice «El Pueblo».

Y en el mismo número inserta una porción de insultos á los católicos.

¡Comediantes!

Si los republicanos de «El Pueblo» fueran gente con quienes se pudiera tratar como se trata con personas de formalidad, les diríamos:

¿Desean Vds. tolerancia para sus ideas políticas?

Pues sean Vds. republicanos, muy republicanos, tan republicanos como les dé la gana; es cuestión de gustos y cada cual tiene el suyo; y dejen ustedes de hablar y escribir contra Dios, contra la Religión y contra las personas y cosas eclesiásticas; nosotros les olvidaremos y EL RADICAL desaparecerá.

¿No pueden ser ustedes republicanos sin insultarnos en nuestras creencias y sentimientos religiosos?

Déjenos ustedes en paz y les dejaremos tranquilos.

Si no lo quieren así, vayan ustedes por el garrote y nosotros iremos por la pistola Browning.

Y perdonen la indirecta.

En Regués se dió un mitin contra la blasfemia el domingo pasado.

Los oradores llevaron á cabo una obra de verdadera cultura social y religiosa, por la que sinceramente les felicitamos.

Mientras en Regués los católicos demostraban lo asqueroso y repugnante de la blasfemia, en Tortosa «El Pueblo» alababa á los blasfemos, á los deslenguados, á los sucios.

¿Cuál de estas dos propagandas fué de verdadera cultura?



# EL RADICAL

## SEMANARIO POPULAR

Redacción y administración:

**PLAZA O'CALLAGHAN, 5**

# ANUNCIOS

á precios convencionales

## IMPRENTA

\* DE \*

# FRANCISCO BIARNES

Plaza de O'Callaghán, 5 (frente al ex-hospital)

## TORTOSA

En este establecimiento, que cuenta con numeroso personal, así como con abundancia de material, se imprime toda clase de trabajos, por delicados que sean, á precios económicos.

**J. FERRER**



**MÉDICO**

Especialista en enfermedades de mujeres y niños

## PARTOS

Consulta de 10 á 1 y de 4 á 6

Plaza Catedral, núm. 2, principal